



Nora y su vértigo constante



Edurne Cadelo



ESPASA

EDURNE CADELO
NORA Y SU VÉRTIGO CONSTANTE



ESPASA  NARRATIVA

© Edurne Cadelo González, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Espasa Libros, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A.

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 2.631-2020
ISBN: 978-84-670-5844-4

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain
Impresión: Huertas, S. A.

Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

1

ANIVERSARIO

He pasado demasiadas horas sentada en este sillón; gris, extravagante, de líneas rectas y tejido frío, pero, a la vez, cómodo y mullido. Hasta hubo un tiempo en que pensé que tenía la forma de mi trasero. Era dejarme caer aquí y envolverme una sensación de extraña calidez, como cuando una prenda de abrigo se te amolda tanto al cuerpo que parece una segunda piel. Venir dos o, incluso, tres veces por semana para hablar de mis sentimientos me convirtió un poco en parte del mobiliario de esta consulta. Afortunadamente, mis visitas cada vez son más esporádicas. Los tonos cálidos de las paredes, el cuadro de espiral infinita colgado a la derecha, las estanterías en blanco nuclear, sin demasiados adornos, y el peculiar olor a suavizante, sí, de esos de colonia para bebés —los cojines y su bata deben de pasar al menos una vez a la semana por la lavadora, de ahí ese aroma tan infantil—. Esos pequeños detalles han conseguido transmitirme un poco de calma en medio de mi tempestad interior. En resumen, todo el conjunto ha formado parte de mi vida estos dos últimos años, por lo que, acomodarme aquí es casi como sentarme en casa.

—¿Cómo estás hoy, Nora? —pregunta la doctora Sánchez, Amelia para mí. Después de dos años, ya nos tuteamos.

—Mejor, pero con ganas de que pase pronto el día y llegue mañana.

—¿Has dormido bien? ¿Has tenido alguna pesadilla?

—No. Bueno, me he despertado sobre las tres de la madrugada, pero sin sudores ni recuerdos. Me he dado la vuelta y me he vuelto a dormir.

Las pesadillas bloquean mi mente y mi cuerpo. Siempre son las mismas: recurrentes, angustiosas y terroríficas. Consiguen paralizarme en mitad de la noche y me impiden volver a dormir durante un par de horas. Suelen ser de dos tipos: en la primera, conduzco yo y morimos las dos. Y en la segunda, me avisan por teléfono de que se muere ella; sin coche, sin carretera, sin motivo. Solo una voz rasgada al otro lado de la línea y dos palabras: está muerta.

—Eso está muy bien, Nora. Entonces, desde tu última visita hace un mes no has vuelto a tenerlas, ¿verdad?

—Exacto.

—Perfecto, pues creo que lo has logrado. Ahora necesitas volver a manejar tu vida. Sería bueno que volvieras a trabajar, que salieras más o, incluso, que conocieras a gente nueva. Fuera de tu círculo, me refiero.

Abro tanto los ojos que Amelia me muestra una tímida sonrisa.

—¿Fuera de mi círculo? No creo que ahora mismo esté preparada para nada nuevo.

—Piénsalo, quizás podrías apuntarte a alguna clase, volver a escribir, hablar con tus antiguos compañeros o hacer algún viaje, sola. Necesitas aprender a disfrutar de tu independencia ahora que Lara se va a marchar. Medítalo.

Cuando empiezo a asimilar las palabras de mi psicóloga sobre empezar a vivir, salir de mi círculo y lo de la gente nueva, una punzada de dolor se instala en mi pecho al recordarme el viaje de mi hija.

Lara, mi niña que ya no lo es tanto —hoy cumple catorce—, la única persona que me ha transmitido la energía necesaria para levantarme por las mañanas desde que él se fue, ha decidido irse a Londres a estudiar el próximo curso, con su mejor amiga, Ruth.

No le puedo negar nada y ella lo sabe. Sin embargo, cabe la posibilidad de que todos los miedos se apoderen de mí de nuevo y consigan tambalear los cimientos de esta nueva etapa que intento afrontar.

—Está bien, lo pensaré —afirmo, aunque lo diga con la boca pequeña.

Nos despedimos con un abrazo sentido. Me recuerda que, ante cualquier síntoma o duda, la llame. Además, me dice que siempre

que me apetezca le puedo mandar algún correo para ponerla al día sobre cómo afronto los cambios o, incluso, concertar cita para una sesión.

Cuando salgo por el portal, exhalo con fuerza y miro al cielo.
«Vamos, Nora, es un día más».

Agosto en Madrid es siempre un mes raro, así que hoy me he venido en coche hasta el centro. Poco tráfico, calles vacías y una calma extraña.

Voy con el tiempo justo y consigo aparcar cerca de la iglesia. Es lo último que me apetece ahora mismo, pero mis suegros se han empeñado en celebrar una misa por el segundo aniversario de la muerte de Fernando, mi marido.

Jaime, mi cuñado, me espera en las escaleras. Creo que todo el mundo ya está dentro y agradezco su gesto. Lo que peor llevo en estas ocasiones es ser el centro de todas las miradas. Miradas de lástima, en su gran mayoría, por cierto.

—Hola, siento llegar tarde.

—Tranquila. He dejado a Lara en casa de Ruth. Está como loca con la fiesta.

—Lo sé. Espero que no tardemos mucho, no quiero perderme nada.

—¿Entramos? —pregunta, cogiéndome del brazo.

Yo solo emito un suspiro y asiento con la cabeza. El cura empieza a hablar cuando recorro el pasillo central del brazo de Jaime. La iglesia está abarrotada, mis suegros siempre tienen ese poder de convocatoria, aunque yo preferiría que todo fuera un poco más íntimo. Sus compromisos siempre prevalecen sobre el deseo de los demás, en este caso, sobre el mío. Se hace un silencio sepulcral y a mí me gustaría estar escondida entre las dos grandes almohadas de mi cama en este momento.

Todos esperan, incluido el párroco, a que nos sentemos en el banco de la primera fila, reservado para la familia. Cuando hemos tomado asiento, continúa.

Hace exactamente dos años recibí una llamada que cambió mi vida y ahora, aquí plantada, desconecto un poco del sermón y recuerdo en bucle cómo fueron esas últimas horas de aquel día de agosto.

Fernando había acudido a hacer una entrevista a la casa de vacaciones del ministro de Economía en Valencia, y yo le había llamado ya un par de veces porque era el cumpleaños de nuestra hija e iba a llegar muy tarde. Según mis cálculos, la entrevista terminaba a mediodía y él me había prometido que antes de las siete estaría en casa. A las ocho hablamos por teléfono, bueno, más bien le grité: «Es agosto y estás de vacaciones. Es el cumpleaños de Lara, te está esperando». No entendía por qué se había empeñado en hacer ese trabajo él mismo, cuando podía haber mandado a cualquier otro periodista de su equipo. Él se limitó a decirme que se había enrollado más de lo normal y que era una oportunidad importante para el periódico. Me juró que llegaría lo antes posible. Le colgué después de repetir: «Acelera». Joder, cómo me he arrepentido de esa puñetera palabra desde entonces. Lara no quería meterse en la cama hasta que no llegara su padre, y Jaime me estaba ayudando a recoger los restos de la fiesta cuando mi móvil sonó.

—¿Eleonora Molina?

—Sí, soy yo.

Y en ese momento supe que esa llamada, en la que alguien pronunciaba mi nombre completo, a las once de la noche de aquel caluroso día de agosto, iba a cambiarme la vida.

—*Su marido ha tenido un accidente en la autopista A3 dirección Madrid, lo han trasladado al hospital...*

Solté el móvil y Jaime lo recogió del suelo. No fui capaz de seguir escuchando, no sabía si él estaba bien, mal, ni adónde lo habían llevado.

Abracé a Lara tan fuerte que creo que le hice daño. Mientras, de fondo, oí a Jaime hacerse cargo de la situación.

Mi hija solo preguntaba si era su padre y yo solo podía estrecharla más y más fuerte entre mis brazos.

Jaime nos abrazó a las dos antes de irse.

—*Ha tenido un accidente, pero todo va a salir bien, tranquilas.*

—*Tito... —Mi hija sollozó. Yo seguía en estado catatónico.*

—*Id a dormir, cuando sepa algo os llamo.*

A partir de ese instante solo conservo recuerdos muy borrosos, gracias a todas las pastillas que me administraron enseguida. Murió en el acto, a pocos kilómetros de Madrid. En la llamada no nos lo dijeron, pero, cuando Jaime llegó al hospital, le comunicaron que solo habían podido certificar su muerte. Yo no me separé de Lara. Mi última imagen de él es en el

tanatorio, metido en aquel ataúd de madera. Esa misma imagen distorsionada es la que veo ahora si cierro los ojos.

—La paz sea con vosotros —oigo decir al cura, y vuelvo al presente. Mi suegra, sentada a mi derecha, me acerca su mano con los ojos llenos de lágrimas.

Nunca he sido demasiado religiosa, mis padres siempre me dieron libertad para elegir, pero la familia de Fernando es bastante conservadora. Accedí a casarme con él por la Iglesia, a bautizar a Lara y a asistir con ellos a todos los eventos religiosos que se precien. Sin embargo, ahora me siento fuera de lugar.

Las palabras de Amelia regresan a mi cabeza. Quizás ha llegado la hora de salir de este círculo. Si te soy sincera, creo que no me hace ningún bien seguir rodeada del mismo dolor más tiempo.

La salida de la iglesia es todavía más tortuosa; besos, abrazos, palabras de consuelo de familiares, amigos, amigos de amigos y de los que no llegan ni a conocidos. La mayoría son compromisos de mi suegro. Como es el dueño de una de las empresas de construcción más importantes de este país, le llueven los lameculos y los interesados.

—¡Hola, Nora! Felicita a Lara de mi parte. Seguro que está preciosa —me dice Beatriz con los ojos un poco rojos, probablemente también haya estado llorando.

—Gracias, se lo diré de tu parte.

Beatriz es la hija del socio de mi suegro y era la novia de Jaime cuando Fernando murió. Los tres eran amigos de la infancia. Después del entierro comenzaron los rumores sobre su ruptura. Yo no quise preguntar, porque en ese momento ya tenía suficiente con abrir los ojos por las mañanas y llevar a mi hija al colegio, pero fue todo muy precipitado y misterioso. Ya tenían hasta planes de boda y, de repente, todo se canceló.

—Nora, si me disculpas un momento, tengo que hablar con Beatriz.

—Sí, claro —digo mientras observo a Jaime llevarse a Beatriz a un lugar más apartado, con un movimiento algo forzado.

Aprovecho que estoy sola durante unos segundos para bajar rápido las escaleras y salir pitando de allí.

Tengo casi media hora para regodearme en el pasado, en él y en la vida que construimos. Sin lágrimas.

Escuchar *Thinking 'Bout You*, de Dua Lipa, en bucle no mejora mi estado de ánimo durante los primeros kilómetros, pero me comprometo a llegar a la urbanización con la mejor de mis sonrisas, la que se merece mi hija en su fiesta de cumpleaños.